

EL CAMINO DE SANTIAGO Y LA CONSTRUCCIÓN DE EUROPA

Agradezco mucho al Instituto Teológico Compostelano su invitación para participar en estas jornadas en las que se me ha asignado una intervención sobre el Camino de Santiago y la Construcción de Europa. Dos temas estrechamente vinculados, para quienes pensamos que Europa representa unos valores que subyacen en el cristianismo, que es fruto de la libertad y nace de la decisión de cada sujeto personal. El cristianismo no es sólo viejas raíces hundidas en tierra, invisibles e indefinibles. Son realidades presentes como troncos recios, ramas anchas, frutos vivos y visibles. Son los derechos humanos el valor incondicional de la vida humana y, la aceptación del prójimo como persona.

El Camino de Santiago que ha sido galardonado hoy, hace media hora y por unanimidad, ha sido para mi una referencia constante desde mi época de estudiante. He recorrido el Camino entero y varias veces algunas de sus etapas. En mi discurso de toma de posesión como Secretario General del Consejo de Europa en 1984, anuncié como propuesta al Consejo de Ministros, la declaración de los Caminos de Santiago como primer itinerario cultural europeo y así se hizo en 1987 en una fiesta inolvidable en la que pusimos una losa conmemorativa que podréis ver en el Centro de la Plaza del Obradoiro, enfrente de la Catedral.

En cuanto a Europa, es un tema al que he dedicado mis principales afa-nes al menos durante los últimos 30 años. En 1977 firmé como Ministro de Exteriores la adhesión al Consejo de Europa y el Convenio de Derechos Humanos y Libertados Fundamentales. Ese mismo año solicité, en nombre del Gobierno, en Bruselas, la apertura de negociaciones con las Comunidades Europeas y años más tarde como parlamentario, el Parlamento Europeo me encargó redactar en mi condición de Presidente de la

Comisión Institucional un borrador de Constitución Europea, que pronto quedó arrumbado en un cajón del Parlamento —el tiempo no era aún maduro— pero la idea ha resurgido con fuerzas a partir del Consejo Europeo de Laeken en 2002 y será firmada en Roma el 29 de octubre, con el título de Tratado por el que se instituye una Constitución para Europa.

Y además del Camino y Europa, quiero hacer mención de algo que he procurado siempre mantener vivo tanto en la peregrinación como en el quehacer europeo: la esperanza.

No podemos olvidar que para los cristianos, esperanza y religión han ido siempre unidos. Ya Heráclito afirmó que el hombre, para serlo verdaderamente, tiene que esperar lo que objetivamente es inesperable por sus fuerzas. Para Kant, la respuesta a la pregunta sobre qué nos está permitido esperar, corresponde a la religión y la Biblia ha fundado la esperanza en Dios, tal como Él se nos ha revelado definitivamente en Jesucristo, con un futuro como reconciliación y paz, como don y como exigencia.

En momentos de perplejidad y desconcierto como los que vivimos ahora en el mundo tras el derrumbamiento de muchos proyectos y utopías y tantos sucesos dolorosos que nos rodean, es necesario pensar de raíz y fundar de nuevo la esperanza. Una esperanza que sólo será posible desde la reconstrucción de la persona y se funda con memoria; y con razón; con palabras verdaderas y con acciones justas. Una esperanza que nos describe ya aquí la vida verdadera y desde ella nos alumbrará la eterna.

En ese trípode de Camino, Europa, esperanza, quiero apoyarme para estas reflexiones de hoy.

Volvamos un momento al Camino de Santiago. El Camino es para mí sobre todo la suma de dos ingredientes indisociables, a lo largo de todo su recorrido: el trascendental y el de la cultura.

El trascendental que religa esencialmente unos valores espirituales y religiosos.

Y el cultural; porque si el Camino fue en un principio una vía espléndida para el cumplimiento de la vida religiosa en Europa, fue también y sigue siendo una enérgica expresión de las raíces comunes europeas, lo mismo que estas piedras graníticas que nos rodean aquí en Santiago, suponen algo así como el sedimento de la historia de Occidente: es el

fruto de un esfuerzo creador en el que se dan muy claras las siguientes notas: autenticidad, originalidad, racionalidad, entrega y diversidad.

Por eso, pienso que se puede decir que de alguna manera esta ciudad que hoy nos acoge es la confirmación de la vivencia de Europa. No necesita retocar el pasado. Compostela convierte a quienes la aman, y les habo como hijo adoptivo de esta ciudad, en titulares de la conciencia europea. Así al menos lo he visto yo y así quiero transmitirles mi visión del Camino y de Europa, esa visión que arranca para mí en mis años universitarios cuando acababa de formarse, por seis países, la Comunidad Europea del Carbón y del Acero en los comienzos de la década de los cincuenta, y que ha seguido desarrollándose hasta ahora, que se ha acordado por 25 Gobiernos de la Unión ese proyecto de Constitución para una Europa sin fronteras que se firmará en Roma el próximo 29 de octubre.

Cuando yo era estudiante, hace 50 años algunos de nosotros empezábamos a viajar por Europa y sabíamos muy bien que Europa había perpetrado en el siglo XX la perversión de sus mejores valores e ideales. Pero éramos conscientes, a pesar del alejamiento político en que se hallaba España en aquellos años, y que nos impedía participar en las instituciones comunitarias, que estaba en marcha un intento de reconstrucción de Europa, que evitase la repetición de la barbarie anterior.

Las dos guerras mundiales resultaron de la degradación de una cultura, que elevó las categorías de raza y nación, la voluntad de poder y la ideología revolucionaria a valores supremos. Europa tenía que reconocer ese pasado, como lo está haciendo ahora también Alemania y habían visto las imágenes del Canciller Alemán rindiendo un homenaje a los polacos, que se levantaron contra Hitler en 1944 en Varsovia. Y toda Europa tendría que confesar sus culpas colectivamente, respecto de sus grandes locuras: fascismo, nazismo y comunismo.

En los años cincuenta se empieza a abrir en Europa un proceso político de integración entre pueblos y ciudades, para que en el futuro no se repitan los fenómenos que habíamos vivido hasta entonces.

Tres europeos, nacidos en tierras fronterizas, y por ello, testigos y víctimas de lo que los nacionalismos feroces pueden provocar, iniciaron los vagidos de la nueva Europa: eran los tres católicos: Robert Schuman, de la Alsacia unas veces alemana y otras francesa; Konrad Adenauer de la

zona del Rin, igualmente repartida entre los mismos países; y Alcide de Gasperi, que por nacido en Trieste sabía de las guerras entre Austria e Italia.

Ellos crearon unas instituciones que administraron en común los recursos hasta constituir un mercado único. Aquellos inicios no han llevado al milagro europeo que hoy vivimos: superación de fronteras, libre circulación de personas, moneda única, intercambio de universidades, el programa Erasmus, recientemente premiado con el Premio Príncipe de Asturias de cooperación internacional.

Si nos situamos ahora en el momento presente, hemos de reconocer que después de tanto logros alcanzados, nos hallamos sin embargo ante retos difíciles. Y hemos dado pocos pasos significativos en los aspectos políticos, jurídicos y financieros, aunque los políticos están aún pendientes de un necesario desarrollo. Pero sobre todo quedan los aspectos morales, culturales y religiosos. ¿Sobre qué cimientos y condiciones se hará la extensión de la actual Unión Europea? ¿Qué valores son el solar intocable sin el cual no podrá mantenerse nuestra cultura? ¿No son acaso los que tienen su arraigo en el Cristianismo y que han ido conformando Europa a lo largo de su historia, como bien reconoció el Papa Juan Pablo II aquí en Santiago en 1982, en un mensaje memorable que ha repetido infinidad de veces cuando pidió que Europa volviera a sus raíces? Esos valores son los derechos humanos; el valor incondicional de la vida humana; la aceptación del prójimo como persona, más allá de su riqueza o pobreza, cultura o etnia. La dignidad sagrada de familia y el matrimonio; la defensa de la vida naciente, débil, enferma o feneciente; la compartición de la riqueza en la justicia; el respeto a la realidad sagrada y al misterio que los hombres han invocado con la palabra de Dios.

Partiendo de estos principios quisiera centrar mis reflexiones de hoy, más que a temas institucionales y de las obligaciones de los Estados en el interior del espacio comunitario, al examen de lo que son las responsabilidades de los Europeos, ante los retos actuales de la sociedad internacional. Es decir el comportamiento a que estamos obligados, para hacer realidad lo que yo llamaría la construcción de la Europa de la Esperanza, incluso más allá de las fronteras de nuestro espacio europeo. En una palabra, cómo vamos a comprometernos y cómo vamos a participar alzando nuestra voz y dando respuesta a preguntas como éstas:

¿Cómo nos estamos preparando para afrontar los graves problemas que se están planteando en nuestro siglo?, ¿Estamos realmente amenazados por una bomba demográfica?, ¿Habrá alimentos suficientes para todos?, ¿Podremos erradicar la pobreza?, ¿Nos dirigimos hacia un apartheid urbano y social general, que relegaría la democracia al museo de la historia?, ¿Cómo encontrarán las mujeres su lugar?, ¿La sociedad del futuro sucumbirá ante la droga?

Todo esto son cuestiones que Europa no puede ignorar y a las que debe dar respuesta.

Y existen muchas otras preguntas: ¿Cómo luchar contra el calentamiento del planeta y la desertificación?, ¿Nos pelearemos por el agua?, ¿Seremos capaces de dominar las formas renovables de energía, como la energía solar?, ¿Contribuirán las nuevas tecnologías a ensanchar el abismo entre ricos y pobres, o más bien a fomentar la enseñanza a distancia?, ¿Se extinguirá el 50% o incluso el 90% de las lenguas de aquí a final del siglo XXI?, ¿Se producirá un milagro en África?, ¿Cómo pasar de una cultura de violencia a una cultura de paz?, ¿Tendrá nuestro siglo XXI un perfil humano o el rictus fingido del mejor de los mundos?

En la actualidad, corremos el riesgo de que la evolución de la ciencia, de la tecnología, de la economía, de la política y del pensamiento, tengan cada vez menos en cuenta al ser humano, que es quien debe ser su principal destinatario.

¿No estamos demasiado seguros de nuestra supuesta «superioridad» intelectual y científica, olvidando con frecuencia la razón última de nuestro quehacer? ¿Y no es este el motivo por el que a menudo acontecimientos que son en sí mismos positivos, puedan causar en última instancia efectos catastróficos?

La opción que se hizo a finales de los años 80 por la libertad y por la recuperación de una racionalidad económica, ha tenido junto a consecuencias positivas, algunos efectos desastrosos como el hundimiento de zonas enteras del mundo, especialmente en África. Nunca con anterioridad tantas personas han padecido tanta hambre y pobreza como en los últimos veinte años.

El fin de la guerra fría no sólo ha abierto perspectivas de paz, sino también ha provocado sangrientas guerras, ya sea en África, en Oriente Medio o en Europa. Sus trágicas consecuencias están a la vista de todos: hambre, refugiados, deterioro moral y destrucción de bienes.

En cuanto a la internacionalización, es decir, la supresión de un gran número de barreras físicas o jurídicas a la libre circulación de las personas, de las ideas y de los conocimientos técnicos, —que en si misma es positiva— ha llevado consigo desequilibrios crecientes y, junto a otras causas, ha contribuido a un aumento del desempleo en algunos países. ¿Y qué hacemos los europeos al respecto?

Por su parte, la ciencia que ha descubierto las claves del patrimonio genético de la humanidad, empieza a acuciarnos con el temor a los monstruos, al eugenismo e incluso a que el ser humano se transforme en cobaya.

¿Cómo es posible admitir que unos hombres, por sabios que sean, decidan la selección genética de nuestros hijos y de las generaciones futuras?

En resumidas cuentas, nuestro primer reto para alcanzar esa Europa de la Esperanza y su proyección hacia el resto del mundo es: reconocer la dimensión humana en todas nuestras actividades: en el progreso político, científico, tecnológico, económico y social. Es el compromiso de situar al ser humano en el centro de nuestra reflexión y de nuestra acción. Y esta es una obligación para gobiernos, parlamentarios europeos, responsables de las instituciones europeas cuando tienen que decidir sobre los pasos futuros de la construcción europea.

Y sobre todo tiene que rehuir de toda retórica y enfrentarse a los problemas reales que ello supone.

Para ello, quisiera centrar mi reflexión en dos puntos fundamentalmente:

- 1º La relación entre economía y pobreza y el papel que nos corresponde como europeos para hacer frente a un «apartheid» global cada vez más evidente como llama a esta situación el Profesor de la Universidad de Coimbra, José Manuel Pureza.
- 2º Me referiré a la guerra y sus consecuencias en el desarrollo económico y humano, es decir, cómo lograr que cobremos conciencia de que se debe luchar contra sus causas últimas y también evitarla, es decir, impedir que estalle.

Por último, concluiré con alguna consideración sobre los valores humanos.

Ya he dicho antes, que el problema principal de nuestra sociedad, y al que de ninguna manera podemos renunciar, consiste en volver a situar a la persona humana en el centro de nuestras preocupaciones.

¿Qué quiere decir esto? Yo lo interpreto en el sentido de que cada vez que se adoptan decisiones importantes, los científicos, los filósofos, los políticos, los grandes responsables económicos europeos deberían preguntarse ¿qué ventaja supone para el ser humano?. Y esta pregunta debemos hacerla también cualquiera de nosotros en el círculo en que nos desenvolvemos, en la empresa, en la Universidad, en la sociedad en que nos encontramos.

Es cierto que el trabajo del científico consiste en explorar el ámbito material. El economista, debe por su parte observar un mundo en el que a pesar de la gran abundancia de que se disfruta en algunos continentes, en otros no hay más que pobreza. Por ello, su tarea se centra en resultados económicos y en lograr el máximo rendimiento en el uso de las tecnologías y de los métodos de producción.

En cuanto al político y al hombre de negocios es evidente que debe tener en cuenta un escenario internacional en el que se impone la competitividad y en el que los intereses de unos y de otros suelen ser contradictorios.

Sin embargo, cabe preguntarse para qué sirve, por ejemplo, un entorno altamente productivo, pero que esté tan contaminado, que no permita a los seres humanos vivir en él; o ¿para qué ser tan eficaces y competitivos si el desempleo o la pobreza, acaban reduciendo el número de personas capaces de disfrutar de lo que se produce?.

Estas y otras cuestiones han tenido, por supuesto, su respuesta en la lucha que se ha llevado por la salvaguardia de los Derechos Humanos. Sesenta años después de la Declaración de la Asamblea General de las Naciones Unidas y más de doscientos años después de la declaración de 1789, el respeto de los derechos fundamentales ha dejado de significar la defensa de los derechos o el respeto de los privilegios de la «burguesía» frente a la monarquía absoluta. Los derechos humanos, es cierto que se han convertido en una verdadera doctrina política, la más noble, la más «eficaz» y, a fin de cuentas, la menos explorada de las doctrinas.

En su origen la defensa de los derechos humanos tuvo como objetivo la protección contra los abusos del poder. Este objetivo, desgraciadamente, sigue siendo de actualidad. En varios países del mundo, caer en manos de la autoridad es un riesgo y puede ser un grave peligro para las personas que no disfrutan de protección contra la violencia, consciente o ciega, de sus gobernantes. Como es un grave peligro la inseguridad, que existe en tantos lugares del planeta, donde mafias organizadas, grupos terroristas, bandas armadas, impiden moverse libremente a los ciudadanos en el interior de un Estado. Lo estamos viviendo dramáticamente estos últimos días. A eso se une la cotidiana dificultad de muchas personas para que se respeten sus propios derechos, ya sea en sus relaciones con la Administración Pública, o en situaciones nuevas como la protección de datos personales informatizados.

Además la cuestión de los derechos fundamentales no puede limitarse a una protección, digamos, de tipo clásico, contra los abusos de la autoridad o de la criminalidad organizada. Debemos detectar en la acción política, en la empresa económica o en las iniciativas culturales cuál es el genuino interés que debe tenerse en cuenta, desde la perspectiva del respeto por la persona humana; hay que lograr que nuestras decisiones se guíen en consideración a la dignidad del ser humano, hay que saber cuándo las decisiones que se adoptan responden a las aspiraciones legítimas de la persona, y cuándo estas decisiones responden a otros objetivos distintos en beneficio de intereses egoístas, y contrarios a la dignidad de las personas.

A mi juicio esta es una cuestión esencial, ante la cual no podemos ser indiferentes. Así lo proclamaba el último Sínodo europeo en sus conclusiones: «Alzad la voz cuando sean violados los derechos humanos de los individuos, de las minorías o de los pueblos, comenzando por el derecho a la libertad religiosa».

Algunos de nuestros compatriotas europeos dirán: nosotros somos generosos y sin duda es cierto, y damos dinero o tiempo e incluso ponemos en peligro nuestra propia vida para asistir a las personas amenazadas por el hambre, el miedo, el deterioro moral y la desesperación. Y esto es absolutamente indispensable. Sin embargo, no debemos olvidar que muchas veces los motivos de las crisis que padecemos residen en decisiones que dependen de nosotros mismos, que son consecuencia de medi-

das que nosotros mismo hemos adoptado, de nuestras propias opciones políticas, económicas y culturales. Y con frecuencia esas consecuencias son previsibles desde el primer momento.

¿Cómo olvidar, por ejemplo, que la exaltación del nacionalismo reivindicativo, o la difusión de mensajes culturales sobre la superioridad racial han contribuido a la violencia, al odio étnico, incluso a la guerra, así como a la negación de la dignidad humana y de los derechos más elementales de quienes no pertenecen a la etnia dominante?

Seamos sinceros ¿cómo se puede ignorar que el aumento de la venta y la acumulación de armamento en una zona de tensión constituyen una incitación a la guerra, a la delincuencia y al atropello de los derechos de las personas?

¿Cómo ignorar, a estas alturas, que una política cuyo objetivo sea la devaluación de los precios de ciertas materias primas o el endeudamiento de los Estados para controlarlos mejor, conduce inexorablemente al hambre y a la pobreza?, ¿Acaso desconocemos que eso lleva a marginar regiones enteras del mundo, grandes sectores de la sociedad, que se produce como consecuencia de haber adoptado unas decisiones que podrían haber sido diferentes?

Y a pesar de ello optamos por ídolos como el beneficio a cualquier precio, el poder y el egoísmo.

Por eso, es indispensable responder a este reto. Un reto al que cada uno de nosotros debe hacer frente en su propio espacio de responsabilidad. No es lícito refugiarse en las autoridades públicas, en las Instituciones Internacionales, en las Organizaciones no Gubernamentales.

Europa y cada uno de nosotros tiene una responsabilidad en este sentido. Europa tiene que ser un Continente de esperanza no solo para los europeos sino para el mundo entero. Y para ello, cada uno de nosotros tiene la obligación de responder a los grandes problemas de nuestro tiempo, como si de él dependiera la solución de los grandes retos de la humanidad.

Por eso uno de los puntos que merece una especial consideración es esa la relación entre economía y pobreza y la necesidad de hacer frente a ese apartheid global a que antes me refería, que no es un apartheid localizado en una región del mundo como lo que fue un día en África del Sur,

es un apartheid que se extiende en cualquier lugar del planeta, y muchas veces muy cerca de zonas opulentas de lujo y despilfarro.

Es lógico que en una región haya zonas más ricas y otras más pobres.

No me refiero a eso; la economía, el clima, la actitud de sus habitantes, la riqueza del suelo, son factores que pueden contribuir a crear o a mantener ciertas diferencias.

Pero la acción de los hombres debe encaminarse a reducir tales disparidades, a acercar los más pobres a los más ricos.

Es cierto que la Unión Europea aplica en su interior un sistema de solidaridad con el fin de reducir dichas diferencias, de ofrecer una oportunidad a cada uno.

Es lo que llamamos la política de cohesión social que es uno de los pilares de la construcción europea. No es perfecto, pero ha funcionado estos últimos años y los españoles nos hemos beneficiado de él.

Es cierto también que aunque el imperativo de la justicia exigiría condiciones de mayor igualdad, no es posible evitar que existan diferencias en un momento determinado.

Pero otra cosa muy distinta es que la riqueza de unos sea la contrapartida de la profunda pobreza de otros, hasta anular su dignidad.

Y todavía es peor cuando la política, la economía, la cultura y la tecnología tienen por objeto afianzar o incluso agravar esa situación.

Eso es un escándalo, y sin embargo ocurre con frecuencia y en cada caso hay un ídolo que debemos derribar.

No podemos olvidar que a pesar de que ya hace tiempo que terminó la guerra fría, y el bipolarismo mundial, sabemos que para algunos el objetivo de la política internacional ha sido consolidar a dictadores en distintas regiones del mundo, dictadores que pisotean sistemáticamente las reglas más elementales de la ética. Aún hoy, con frecuencia, se considera «normal» apoyarlas o desestabilizar a un tercer país, o cerrar los ojos a las peores violaciones de los derechos fundamentales, sólo para que un Estado pueda aumentar su influencia en otro Estado o en una región. Por ejemplo, no se supo hasta que ya era demasiado tarde, que en Estados como Ruanda o Burundi se estaba produciendo una terrible matanza

y por supuesto no se intervino para atenuar los daños hasta que la opinión pública descubrió, indignada, lo que estaba ocurriendo.

Pensemos en las crisis en la antigua Yugoslavia, que han seguido reproduciéndose una y otra vez. Pensemos en la situación de Oriente Medio, en Afganistán, en Irak, y volvemos a vivir estos días una situación dramática en Sudán, en la región occidental de Darfur, donde a pesar del titánico empeño de ONGS como Médicos sin fronteras, es patético el espectáculo de la comunidad internacional, que apenas ha donado un 40 % de los 349 millones de dólares que había pedido la ONU para paliar la emergencia, y hace sólo unos días que el Consejo de Seguridad ha aprobado una Resolución que por primera vez exhibe la amenaza de sanciones económicas y diplomáticas contra el régimen sudanés si no se procede al desarme de las milicias responsables de las atrocidades, que están cometiéndose en la región con decenas de miles de muertos.

Habría que preguntarse si las vacilaciones de los europeos a principios de los años 90, cuando todos los Estados intentaban recuperar zonas de influencia, que tuvieron antes o después de la primera Guerra Mundial, o incluso la propia Rusia en su búsqueda del poder imperial perdido, no tuvieron un papel determinante en la política mortífera que provocó toda clase de nacionalismo radicales.

¿Y quién ignora, que tanto a los europeos como a los norteamericanos, les falta tiempo a menudo para cortejar a las economías emergentes, sin preocuparles demasiado que se trate de un régimen, donde se humilla la dignidad humana o donde se hace trabajar a los niños en condiciones de esclavitud?.

Por supuesto que cuando estallan las crisis intervenimos, incluso, con gran generosidad y ello es absolutamente necesario. Pero, ¿no sería mejor actuar antes?, ¿No sería mejor evitar que esas situaciones se produjeran?.

El segundo ídolo que quiero mencionar es el beneficio. Términos como productividad, movimiento de capitales o aumento de beneficios, son por supuesto básicos para el funcionamiento de nuestras sociedades.

Pero no son el único objetivo de la humanidad. Sólo se trata de opciones que, aunque importantes, deben equilibrarse unas con otras.

No se puede ignorar, por ejemplo los derechos de la infancia, los derechos de quienes el día de mañana deben ser personas conscientes de su dignidad y de sus derechos, y no meros seres sometidos a la explotación desde su más tierna edad, meros instrumentos en manos de dictadores, de personas sin honor, de empresarios sin escrúpulos y de ideologías contrarias al ser humano. ¿No deberíamos sancionar a quienes explotan a la infancia de tal modo que esa explotación, no sólo sea moralmente inaceptable, sino que además no resulte rentable?. Es cierto que entonces algunos productos resultarán más caros y, naturalmente, algunos países como los nuestros, podrán permitirse menos productos superfluos o de lujo. Pero ¿acaso no merece la pena?

El afán por conseguir beneficios a cualquier precio también lleva a retirar las inversiones de las zonas más pobres y de los países que más las necesitan al carecer de una mínima infraestructura.

¿Cómo se podrán mantener y reforzar estas inversiones tan necesarias?. Actualmente la ayuda a los países en vías de desarrollo no solo no aumenta sino que tiende a disminuir. Los esfuerzos de algunos países, entre los cuales los de la Unión Europea, es cierto que figuran entre los grandes donantes, pero ni siquiera consiguen en muchos casos garantizar la simple supervivencia.

Después de estas consideraciones sobre economía y pobreza voy a referirme ahora al otro tema que he mencionado antes, que sigue por desgracia siendo de actualidad: la guerra, civil o internacional, que impide el progreso del desarrollo económico y humano.

La guerra y la violencia sistemática hacen inútil, o dificultan cualquier acción tendente a restablecer la esperanza. Combatir la guerra se ha convertido hoy en un reto esencial. Durante algún tiempo la guerra dejó de ser una preocupación inmediata, ya que la división del mundo en dos bloques había alejado el espectro de una guerra global. Ahora repetimos una vez más el error que la humanidad comete indefectiblemente después de cada vuelco de la situación mundial. Así por ejemplo, después de la Primera Guerra Mundial, algunas personas llenas de optimismo anunciaron que las guerras habían terminado y un grupo de políticos intentó declarar que la guerra fuera ilegal y hasta imposible, con la creación de la Socie-

dad de Naciones. Desgraciadamente, tan solo 20 años después estalló la segunda Guerra Mundial.

Desde 1989, la guerra, civil o internacional, y la amenaza de guerra han sido noticia diaria en los periódicos: pensemos en Camboya, la antigua Yugoslavia, en Somalia, en Perú, en Ecuador, en Oriente Medio, en Argelia, en Angola, en el Congo, en Albania, en Irak —en la región de los Balcanes o ahora en el Cáucaso— y pensemos en el terrorismo internacional con brotes dramáticos en el mundo entero.

Vivimos tiempos de barbarie. Hechos bien recientes lo muestran. Creíamos haber contemplado ya todos los rostros del horror en materia terrorista pero las recientes imágenes de Beslan superan todo lo visto. Nuestro mundo demuestra una incompetencia absoluta para afrontar la guerra declarada por un islamismo radical, que en buena medida amamantamos.

Por eso hay que luchar contra las causas que provocan estas situaciones.

Las razones de la guerra son con frecuencia las mismas que las de las otras catástrofes internacionales: aquí también hay falsos valores, que sustituyen a los auténticos.

Pienso por ejemplo en esas máquinas de guerra altamente rentables desde el punto de vista industrial. Unas máquinas que no nos protegen ni nos hace fuertes, porque la verdadera fuerza está en la cultura y los valores democráticos.

Mientras gastamos en armas dejamos de ocuparnos del desarrollo de la cultura, de invertir en Internet para que nuestras lenguas y culturas tengan el espejo que merecen y sobre todo dejamos de prestar nuestra ayuda a la cooperación con toda la importancia que merece.

Y hay además de otros muchos, dos factores que contribuyen a preparar las guerras: el nacionalismo exaltado y el fanatismo ideológico, que son dos enemigos mortales de los derechos humanos.

Nosotros como europeos debemos oponernos a ellos, no contemporizar con ellos, ni suministrarles armas ni reconocerles derecho alguno a la existencia de nuestro planeta. Esto supondría ya un avance considerable, que sumado a la esperanza en el ser humano, posibilitaría aspirar a lograr algún día una organización pacífica del mundo.

También debemos pensar en el vínculo entre la paz y la justicia: la pobreza es la causa de guerras y de violencia. Si se hiciera un mayor esfuerzo en erradicarla, habría más posibilidades de conseguir la paz. Enriquecerse al borde del abismo es una idea con poco futuro. La ayuda al desarrollo se ha convertido en una necesidad mundial. Una buena señal —aunque aún modesta— es la decisión de algunos Estados de renunciar a la devolución de los créditos concedidos a países especialmente pobres.

Además no debemos de olvidar que no es suficiente mantener la paz: La paz hay que construirla cada día. Edificar la paz es un reto permanente de nuestro tiempo.

Y habrá que pensar en los medios para construir la paz.

Las buenas intenciones no bastan. Hay que disponer de instrumentos adecuados para edificarla.

Ante todo necesitamos organizar la sociedad internacional, de tal manera que podamos trabajar diariamente a favor de la paz. Y eso también debe formar parte de la construcción europea. Las Naciones Unidas no pueden quedar reducidas a un mero vestigio de la bipolarización. Habrá que darle un futuro a esta organización. Sobre todo teniendo en cuenta que, por desgracia, el mañana puede seguir deparándonos numerosos riesgos de guerra en el mundo. Hay que encontrar un medio de prevenir estos conflictos. Quienes deseen solucionar conflictos mediante la violencia, deberán tener muy claro que tendrán enfrente a la Comunidad Internacional.

Hoy una guerra necesita la legitimación de la autoridad internacional y para ello es preciso que la Comunidad Internacional organizada aporte medidas colectivas eficaces para el mantenimiento de la paz o para la restauración de la paz.

No puedo dejar de evocar aquí los mensajes de los Papas Juan XXIII en la *Pacem in Terris* y de Pablo VI en la *Populorum Progressio*, y las constantes llamadas del Papa Juan Pablo II a la Paz, a través de una afirmación de la mayor importancia para la conciencia cívica de todos los hombres de buena voluntad creyentes y no creyentes: el respeto de los principios y las normas del Derecho Internacional, como camino para construir la paz.

Esta llamada al Derecho como limitador del poder y de la fuerza no puede extrañar, porque viene de un Papa que ha alzado su voz de un NO

a la guerra, recordando el discurso de Pablo VI, que yo escuché con emoción en la Asamblea General de la ONU el 4 de octubre de 1965: ¡Nunca más la guerra. Es la paz la que debe guiar el destino de los pueblos y de toda la humanidad!

El Derecho internacional, como recuerda siempre con tanta pertinencia el Profesor de la Universidad de Sevilla, Carrillo Salcedo, está investido de la misión de ser un orden creador de condiciones de paz en una comunidad internacional universal; una misión en la que el Derecho se configura como un orden constructor de justicia y de libertad y por ello no se limita meramente a ratificar las relaciones de poder.

El problema está en que hoy falta una autoridad internacional, un gobierno mundial.

La Carta de las Naciones Unidas sigue enmarcado en esas estructuras que llamamos Estados, cuyo régimen de coexistencia y cooperación responde al orden que nace de Westfalia en 1648. Pero el hecho es que estos Estados han dejado de tener las competencias plenas y exclusivas que tuvieron, y se hallan condicionados por una realidad que se llama interdependencia que lleva a una concepción multilateralista del orden internacional. El derecho internacional ha experimentado una profunda revolución en contenido y alcances. Un verdadero proceso de socialización que lo lleva a ocuparse de materias que durante siglos habían sido dejadas de lado, como la protección del medioambiente o cuestiones que habían sido competencia interna de los Estados como los Derechos Humanos o la autodeterminación de los pueblos.

Hoy los Estados necesitan un orden internacional capaz de responder a los desafíos a los que ahora nos enfrentamos, desde los temas ambientales hasta el abismo norte-sur, la pobreza, la salvaguarda efectiva de derechos humanos, la prevención de conflictos, el arreglo pacífico de controversias.

Hoy el término Estados civilizados, que aparece en el Estatuto del Tribunal Internacional de Justicia debe entenderse como aquel que ejerce su jurisdicción para hacer efectivo el orden público de la Comunidad Internacional, y que no sólo es amante de la paz, sino que contribuye a crear condiciones de paz como ya recordaba el Papa Juan XXIII en la *Pacem*

in Terris. Por eso deben incluirse en el orden público de la Comunidad Internacional, las dimensiones económicas y comerciales y no sólo los derechos políticos y sociales.

Yo sé que todo esto tiene enormes dificultades, porque hay actores de la vida internacional que no son Estados y que son más poderosos que estos. Me refiero a las corporaciones transnacionales y sobre todo a los flujos financieros no controlados en este mundo global, que con las nuevas tecnologías permiten un mercado continuo de capitales ficticios, pero que dominan las economías de mucha gente y sobre todo de mucha gente pobre haciéndoles cada vez más pobres en un círculo vicioso de miseria.

Pero nosotros desde Europa tenemos que insistir en la necesidad de una autoridad internacional, un gobierno mundial aunque todavía estamos lejos de lograrlos. Podríamos darnos por satisfechos si hubiera un acuerdo en que existiera al menos una instancia de autoridad internacional, y que repensemos la soberanía entendida no como exclusión, sino como inclusión, y el derecho internacional como aquel del que emergen no sólo principios generales de derechos reconocidos en los ordenamientos internos, sino principios generales en los que se expresa jurídicamente esa visión de valores y de orden público de la Comunidad Internacional. Este sería tal vez el sueño utópico si se quiere recurrir con este término, en el aniversario de su bicentenario, a una expresión Kantiana. Pero recuerden lo que decía Lamartine, «la utopía es muchas veces una anticipación de la realidad».

Y también debemos valorar muy positivamente algunas iniciativas, como la creación del Tribunal Penal Internacional, o la actitud cada vez más firme en relación con los crímenes contra la humanidad. Algunos parecen escandalizarse cuando se ponen en práctica las declaraciones de derechos que han respaldado sin vacilar. Seamos coherentes y sepamos defender el alcance universal de las normas que amparan los derechos fundamentales.

Para ir terminando voy a referirme ahora de nuevo al reconocimiento del papel central que deben jugar los valores donde pienso que nosotros tenemos mucho que decir, apoyándonos sobre todo en la doctrina del Evangelio, que es la Carta de los Derechos Fundamentales por excelencia.

A mi juicio, el gran reto que debe preocupar a la humanidad actualmente, es que seamos capaces de establecer un sistema en el que los valo-

res éticos y morales ocupen un lugar primordial para el progreso de la sociedad. Y este reto es de gran actualidad no sólo fuera de Europa sino incluso en el seno mismo de nuestra sociedad, donde existen a menudo amenazas directas contra esta idea.

Voy a concluir.

Pienso que el siglo XXI se percibe ante todo como el que nos va a descubrir nuevas maravillas de la ciencia y esto, naturalmente, es un hecho muy positivo.

Pero, debemos aspirar también a un futuro en el que hombres y mujeres gocen de una mayor libertad y que desaparezcan las barreras a la comunicación, a la información, al comercio y a las ideas.

Todo esto debería alegrarnos. De ninguna manera podemos oponernos al progreso material que, en resumidas cuentas, permite que la humanidad viva mejor, que las personas gocen de una vejez en condiciones más agradables y que un número cada vez mayor de personas tenga acceso al conocimiento y a la atención sanitaria.

Pienso, sin embargo, que habría que situar esta espléndida posibilidad en la perspectiva de dos graves riesgos.

El primero consiste en que todo esto sólo favorezca a un número limitado de seres humanos: ya he dicho antes que el apartheid global me parece algo de todo punto rechazable.

El segundo riesgo consiste en que el progreso se ajuste sólo a su propia lógica y no a la lógica consustancial al desarrollo integral del hombre.

En otras palabras, creo que existe el riesgo de que la persona no sea el sujeto del progreso y yo me pregunto, en ese caso ¿Qué valor tendría el progreso si le faltara humanidad?

Debemos avanzar hacia una sociedad próspera y con un nivel tecnológico superior al de cualquier otra época, pero no podemos admitir que esto nos conduzca a la degradación del ser humano, sólo porque exigencias del beneficio o de la economía así nos lo quieran imponer, llegando incluso a una catástrofe humanitaria que se consideraría tolerable si no afectara al equilibrio económico global.

El reto principal consiste en la voluntad y el deseo de que mi prójimo pueda aspirar al mismo bienestar que yo y que hagamos de ello el cimiento de nuestro compromiso.

El objetivo debe ser el aportar a los seres humanos la esperanza de que junto a un futuro de alta tecnología debe llegar también un futuro de alto progreso moral, de gran libertad y de profundo respeto de las diferencias.

Naturalmente, esta voluntad exige unas normas internacionales o nacionales, unas instituciones encargadas de velar por el respeto y la elaboración de las normas y unas organizaciones internacionales y no gubernamentales, eficaces. Sin este patrimonio, en un mundo complejo de seis mil millones de seres humanos, no podremos alcanzar nuestros deseos de caridad, ni construir la esperanza.

Pero no hay que olvidar la exigencia primordial de que los seres humanos deben optar por el amor a los demás al ejercicio de la esperanza, y ahí es donde a nosotros como cristianos nos corresponde un papel esencial. Ninguna ley, ninguna organización podrá lograrlo si cada uno no ha elegido previa y libremente este camino en lo más íntimo de su propia conciencia.

Y esta obligación de amor y de esperanza es especialmente acuciante para el cristiano.

Porque el cristiano, no lo olvidemos, sabe que cada persona es creada inmediatamente por Dios y que cada ser humano es imagen suya.

Cada uno tiene en el comportamiento del Creador la medida, el fundamento y el imperativo de su comportamiento, para con todo ser humano, porque cualquier persona es mi prójimo, lo mismo que Dios fue prójimo en Cristo para todo hombre y la autonomía de todo hombre se define, ante todo y sobre todo, por su responsabilidad para con el prójimo.

Por eso en el cristianismo encontramos las raíces de la caridad y de la esperanza y de la justicia y la verdad.

Con ese equipaje debemos dar respuesta a los retos que nos acechan en este comienzo de milenio y perseverar para que, desde Europa, podamos contribuir a mantener la esperanza no sólo en el interior de nuestro Continente sino haciéndola exterior al resto del mundo.